

La chica del *piercing* azul

Sandra Castrillón Castrillón

Doctora en Educación, profesora de Educación Médica, Facultad de Medicina,
Universidad de Antioquia, escritora, sandra.castrillon@udea.edu.co

Elisa se da la vuelta ante aquel olor, a pino o a roble, a un tablón desgastado que exhibe sus venas por las aristas levantadas. En ese interior de café, de panes recién horneados y miel, ese aire a bosque se impone y el olfato la lleva a girar el cuerpo y encontrar el origen, el cuello de esa chica de *piercing* azul, el cuello altivo en el cuerpo mediano. La reciben los ojos pausados y, al mismo tiempo, secuaces, combinación fundida en la mirada tranquila, en medio de rizos medio agrisados, medio atigrados, cayendo sin definición aparente.

La mujer del *piercing* titila ante la atención de Elisa que de inmediato empieza a clasificarla. Se apura en encontrar un punto de apoyo, un punto en común para poder recortarla y diferenciarla de ese universo que la trastoca sin razón aparente. Entonces la guerrera la increpa:

Hola, te conozco.

El cursor titila, aguarda en fluorescencia.

La chica del *piercing* ha emitido su frase y se ríe, se sabe inédita, aleja todos los distractores con su poder de hechicera, todo se exceptúa: los cuerpos que hacen fila, las conversaciones, los muebles, la vendedora que se adelanta en la fila y va preguntando ¿qué va pedir la señorita, capuchino o café?

Elisa asiente al reconocimiento de la bruja, no alcanza a decir más, la mira absorta y conciente de lo impertinente de su propio silencio, muda ante la maga que trae una espada asida a los pulmones. El cabello de la bruja cayendo a un lado del rostro, enredado y lógico, no podría estar en esa cabeza de otra manera, los rizos amarillos y ocres descansan más abajo de los hombros y los ojos narran a grandes voces la historia de la pequeña que jugaba sola a los siete años en el parque infantil. La mirada sigue siendo ociosa, se le escapan ciertos recovecos de la existencia que la circunda,

pero los desatiende, le bastan sus canicas, le es suficiente la caza de cada día, unos libros echados a la espalda, su apetito sutil, a veces se engulle a una marmota y al siguiente día solo come cerezas traídas de París.

También te conozco, de la universidad, acierta a decir Elisa, sabiéndose de antemano la que olfatea, la que está encandilada, la que hará todo lo posible por descubrir dónde yace el vestigio de aquel olor a bosque.

Constata que la bruja huele a cedro, capa por capa el árbol se inclina para que de sus venas se destile el aceite que impregna la piel amarilla y calada de tatuajes. Elisa no distingue las formas de aquellas figuras, no alinea las lógicas, la piel simétrica se yergue como un paredón sepia para los dibujos encriptados. Más que nada, se deja hipnotizar por el *piercing* izado en la oreja derecha. Esa redondez oscilando en la curvatura de la oreja la retiene y a la vez la retorna a cierto centro, a un llamado, una complacencia de reencuentro con paraísos olvidados. Ya sabe del dolor mortal de estómago que atenaza cuando el paso de una persona la inmoviliza, la detiene, sabe que ciertos seres la afectan directamente en la carne, en ese lugar descolocado del alma, solo que nunca le había sucedido con una chica, con una mujer que levanta su lanza y sonrío, casi comprende, casi entiende que su presencia es demasiado y allá afuera el sol se hace innecesario.

Se reconocen, asienten, la bruja sabe que tiene poderes, que su lanza así, apretada y exhibida, cortará cualquier viento que le haga fuerza, que ose intentar detenerla. Elisa no ha usado lanzas porque el camino le ha sido llano, según ella, pero la vista de aquella lanza la perturba, la inquieta, la invade cierta envidia que dicen se producen las mujeres entre sí, porque unas tienen lanzas y otras creen que no llegaron a necesitarlas, pero en

un día como hoy, Elisa quiere una lanza, envidia esa lanza.

¿Nos sentamos? —pregunta la bruja—

Sí, por supuesto.

Sentadas a la mesa, tu figura se alinea con la mía y nuestras juntas tan diversas descansan. Me quedaría horas y horas viéndote fabricar las fábulas donde escribes un párrafo de la tesis y luego te vas de juerga al Tibet. Tu mano, delgada, larga, hecha para agarrar fuertemente una lanza, va de continuo a tu cabello y lo arreglas un poco, porque sostener una lanza no resta importancia a la caída armoniosa de los rizos, pedazos de cabello que definen el cráneo fino de quien más tarde irá a dorarse a un desierto baldío.

Hay una música que persigue esta escena, las vaqueras silban con toda calma mientras atraviesan el temporal delirante en medio de un desierto donde la una sopesa su espada y la otra se calienta las manos con el café. Frente a frente, descansan de disimular y se miran a sus anchas. Las palabras se extinguen por momentos, la estupefacción le gana a la expresión y se atiborran la una de la otra. La contemporaneidad, este día en el calendario, este hoy, desmigajado en sus pulgares, les regala el privilegio de extasiarse, de sentir el levisimo paso del romance sin que todavía haya cabida al roce.

Para la chica del *piercing* azul es menos atónito, la sorpresa no la ensimisma, se ha divorciado tres veces de mujeres impetuosas que todavía le susurran vicisitudes a su paso. Ha vivido con mujeres el día a día de la intimidad, ha tenido compañeras con las que ha celebrado rituales amorosos, ha palpado entre sus manos el placer del cuerpo de sus iguales.

Para Elisa es una relatividad inaudita, la boca abierta en señal de la perturbación, no siempre traumática. Boca abierta, la boca de una niña que observa una rueda de Chicago, abstraída en su Moebius sin fin. Deleitada, sin saber si tragarse aquella azúcar salpicada en los labios o dejarla allí, a la decisión desresponsabilizada del viento, de la fortuna, de las horas que ya marcan su fin; porque la hechicera se levanta y espada en mano señala el poniente, debe retornar al epicentro de una tormenta por venir.

No te vayas.

Entonces, ¿más café?

El café vertido en la taza se oye a gloria y a esperanza, una labor de zigzag en la que la aguja ya enhebrada profundiza su filo y enrama en lo profundo.

La bruja descarga la espada y la deja descansar por un tiempo más en el respaldo de la silla. Se acomoda. Tiene malos modales, no sabe qué hacer con la cucharilla del azúcar, con la crema y el tenedor mediano, ignora a qué distancia va el plato de los bizcochuelos y si debe dejar la servilleta en su regazo o levantarla así, como lo hace ahora para argumentar esos gritos que lanzó aquel día de su captura, porque ha usado en muchos episodios su espada, el filo de este hurgón descansando en el respaldo de la silla trae aparejado restos de papel que fue cortado violentamente, frases que requirieron hecatombes de filo y fuerza. Creció en aquel barrio del norte donde el Quitasol hace una sombra magnífica a la caída de la tarde. Creció en las calles, al lado de la abuela que la dejaba jugar hasta más allá del crepúsculo en medio de niños y niñas exploradoras. Un día las chiquillas de almas curiosas y pecas expuestas la acariciaron a sus anchas levantándole el vestido y ella a su vez las descubrió con esas manos delgadas, palpándolas como si fuesen la obra que puede ser tocada en el Museo del Prado, la única escultura que el vigilante no acecha y sobre la que el artista ha dejado la venia de sopesar, de interlocutar con el público. Y aquellas pequeñas se descubrieron unas en las manos de otras y bailaron esa danza de cómplices junto a los columpios del parque infantil en gorjeos de pájaras augurantes.

El cabello, ese enredado de bucles que parece la labor de horas y horas de salón de belleza, no es más que la costumbre del cabello al paso del viento de esa manera, el viento que entraba y merodeaba y volvía a salir por las hebras que fueron asintiendo, como esos árboles inclinados de la Patagonia, rendidos a la voluntad del viento.

Piden más pasteles, la espada sigue en el tercio de la silla. Las manos a veces se rozan accidentalmente, eso creen los dedos, pero en el último equivoco las han dejado allí, han dejado aquellas palmas de manos entrelazadas, sonriendo en un asentir complacido, dejan que las yemas de los dedos se palpen y hagan esa sensación insoportable de placer, como deshacer una rosa, dañarla al

desmigajarla, el placer a consta de la belleza que a su vez se rehace.

Más tarde Elisa dirá que tiene una botella de vino que ha traído de la Rioja y de paso le contará a la guerrera la vista cegadora de unos campos rojizos y pardos donde crecen las uvas del tempranillo. Se detendrá en la anécdota de su extravío en el Talampaya, el sol sobre un camino que reverberaba ante los zorros de monte que cruzaban el camino y claro, su falta de espada, solo aquel mapa húmedo de sudor y sed. Y la guerrera recordará con ímpetu cómo condujo un auto alquilado desde Barcelona hasta Lisboa, maravillada con Valencia, extasiada con Málaga, llevando en su auto a extranjeros que le pedían autoestop. La espada en el cinto la llevaba a toda velocidad mientras el viento del mediterráneo le rizaba aún más los bucles.

Hubiéramos podido cruzarnos, sí.

Aquí, con la mesa humeante de tazas de café y pasteles picoteados, yacen esos rostros de hoyuelos y risas y ojos que se extasían la una en la otra. Queda esa llamada a besar los labios pálidos y de color natural, del color terracota de un infinito de piel. El deseo del abrazo, de alargar la mano y palpar esas planicies cutáneas de ínfimos poros empedrados distrae la atención puesta en la conversación, Elisa difícilmente retoma el hilo de la historia, pierde de vista las adoquinadas calles portuguesas. El desasimiento de los bordes del cuerpo inicia su discurrir solo en ese tocamiento de dedos que han atravesado ese más allá de la ropa.

Tengo una botella que traje de la Rioja, vuelve a decir torpemente Elisa y luego suelta otra historia que tarda por lo menos una hora en ser discutida, interrogada, hipotetizada.

De vez en cuando la mujer maravilla alarga la mano y palpa la espada. Puede marcharse cuando quiera. Le fatigan estas mujeres de miedo, hechas de miedo y tanteos y juegos de escondidas que sí pero no y que cuando ella menos se lo espera, le aprietan el corazón, lo sostienen en un vuelo paradisiaco y lo sueltan cuando el clímax la tiene a ella atrapada en cuerpo y alma. Suelen soltarla cuando ya irse no es cuestión de apretar la espada sino de obligarse a cruzar una puerta, cualquier puerta, un dique en el que suele atorarse, el

escudo entorpece la marcha, no hay manera de hallar el mapa que conduzca a la salida.

Palpa la espada, pero no se pone de pie. Arquea las cejas como si preguntara qué quieres tú, por qué no me invitas de una vez a tu casa y abres la botella de la Rioja y te dejas de anécdotas pardas que yacen del otro lado del océano.

Y Elisa se contempla los nudillos de las manos, pregunta si le pide otro café y suspira y finalmente se da el lujo de ordenarle a esta guerrera hostil, le envía una orden directa, le muestra las vías posibles de andar el camino que tienen ante ellas:

Vamos a casa por esa botella.

Y la guerrera aprieta la espada, claro que sí, te sigo. 🗡️



Alejandro García Restrepo, La Libertad (lápiz sobre papel, 2019), @alejandrogarcia_restrepo